

PORVENIR

La cultura en la
post pandemia

Hernán Vanoli



Hernán Vanoli, Buenos Aires. Estudió sociología, taxidermia, ciencia de datos. Fundó dos editoriales independientes, fue traducido y publicó traducciones, libros de cuentos: el último *Pyongyang*, (Random House, 2018), novela: la última *Cataratas*, (Random House, 2016) y ensayo: el último *El amor por la literatura en tiempos de Algoritmos*, (Siglo XXI, 2019). Recibió becas y distinciones de instituciones culturales. Es uno de los editores de la Revista Crisis.

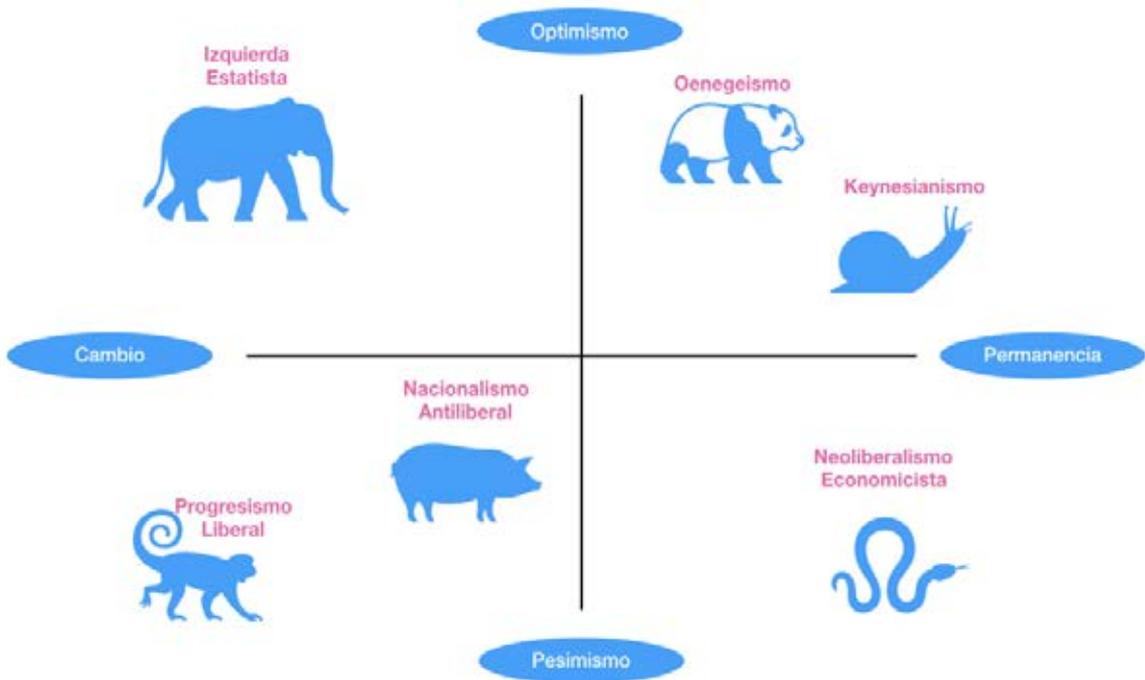


El aire y la moneda

Propongo cuatro cuadrantes para clasificar las actitudes con respecto a los efectos de la pandemia en nuestras sociedades, y para construirlos sugiero dos ejes. El primer eje podría considerarse como el de cambio o permanencia. De un lado, aquellos que creen vislumbrar el inicio de una nueva era regida por el miedo y un consiguiente crecimiento del control biopolítico de las poblaciones. En el otro extremo, aquellos que sostienen que nada cambiará en forma sustancial y que poco a poco, más allá de algunos detalles equiparables a lo que sucedió con la seguridad aeroportuaria luego de los atentados de septiembre de 2001, la vida continuará tal como la conocíamos.

Este eje longitudinal podría complementarse con otro eje transversal que cruzaría el pesimismo y el optimismo. Cierta izquierda estatista ve con optimismo el posible aumento del control biopolítico, una “toma de los medios de control –y acaso producción– de la subjetividad” por parte del Estado. Cierta oenegeismo también es optimista y cree que, aún sin grandes cambios, la pandemia generará una toma de conciencia a nivel global que producirá un cambio ecologista o una solidaridad mecánica humanitaria de nuevo tipo; del mismo modo que los keynesianos creen que, sin grandes cambios societales, sus ideas se verán reivindicadas. Por el lado de los pesimistas, cierto progresismo liberal se espanta con un nuevo *Big Brother* medicalizado, espanto compartido por cierto nacionalismo antimoderno. También están los economicistas neoliberales que creen que nada cambiará: solo hablan de pérdida de empleos y estancamiento económico.

El mapping del covid-19



Para correrme de estos cuadrantes elijo una tercera vía que no tiene que ver con la avenida del medio, ni con un reclamo nostálgico e imposible por un retorno a las lógicas de construcción de equilibrios propias del siglo XX, sino con pensar en una aceleración diferenciada de algunos procesos que venían sucediendo y una ralentización de otros. El cambio podría ser puntilloso en algunos aspectos, de gran escala en otros y, pese a eso, en muchos casos imperceptible.

Un virus a la sombra del virus

A la hora de hablar de la aceleración de ciertos procesos sugiero pensar primero en la tecnología. Las compañías tecnológicas –que no son otra cosa que, en términos básicos, plataformas de extracción de datos– son las principales ganadoras del coronavirus. Cuidadas en las comunicaciones, empresas como

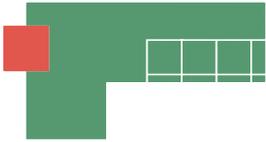


Instagram, YouTube o Netflix saben que esta pandemia les está aportando una renta extraordinaria, quizá no tanto en términos de dinero pero sí en términos de datos, que valen más que el dinero. Imaginemos a miles de millones de personas encerradas, aisladas, aburridas del material soso de la televisión abierta y conectadas a estas plataformas. Todas ellas tienen un suero conectado a sus teléfonos. Todos realizan una transfusión permanente de datos.

Las prestaciones gratuitas de Netflix o de YouTube a aquellos que más las necesitan fueron más bien insignificantes, cuando no nulas. No se vistieron de héroes. Optaron por la cautela y el silencio, y en algunos casos, por alianzas urgidas por la necesidad del inédito escenario. En el fondo, su situación es en cierta medida paradójica: tienen más audiencias que nunca, durante más tiempo que nunca, pero cada vez son menos los que pueden pagarlas ya que las empresas que sí producen cierto beneficio social y los estados nacionales están económicamente contra las cuerdas. Cualquiera que haya trabajado en una dependencia estatal sabe que la capacidad de negociación con estas plataformas de extracción de datos es casi nula. Son más poderosas que el Estado, mucho más que los gobiernos, y no están dispuestas a compartir información sino, tal es su naturaleza, a extraer la plusvalía de los datos a través de la venta de audiencias.

Cuando me refiero a aceleración de algunas tendencias me refiero a esto: Amazon, Netflix, YouTube, la más casera MercadoLibre, líderes entre las plataformas de extracción de datos que se benefician día a día con la pandemia y lo hacen en forma silenciosa, no comparten casi nada y esperan por un nuevo orden mundial al que van a llevarse todo. Lo primero será los eslabones más débiles ante la pandemia. Por ejemplo, no sería raro que alguna de estas empresas comprase compañías de aviación o cadenas de retail, como Amazon ya hizo en los Estados Unidos con *Whole Foods*.

Mientras nuestra vida se ralentiza, las plataformas de extracción de datos están acelerando.



Los ganadores no usan Zoom

Propongo ahora que, para pensar la aceleración del control de la economía y de las formas de vida por parte de las plataformas de extracción de datos, tomemos el caso de Zoom. Algunos creen que Zoom es una especie de “pyme” dentro del mundo de los *tech giants*. Nada más lejos de la realidad. Basta darse una vuelta por Wikipedia u hojear la revista Forbes para aprender que Zoom es una compañía fundada en 2012 por Eric Yuan, ex VP corporativo de Cisco. Cuenta la leyenda que Yuan fundó su *startup* junto a 40 ingenieros. Antes del coronavirus, Zoom tenía 10 millones de usuarios activos; hoy tiene alrededor de 200 millones y 300 millones de almitas se han visto reflejadas alguna vez en su pixelado espejo. Más allá de que las plataformas de extracción de datos son inauditables (y por eso creo que esta estimación se queda corta), lo cierto es que las acciones NASDAQ de Zoom pasaron de valer 70 a 160 dólares después de la cuarentena. Según Wikipedia, la “pyme” vale hoy aproximadamente 44.000 millones de dólares.

Sin embargo, hay un punto en el cual Zoom sigue siendo una “pyme”. Me refiero a que sus protocolos de seguridad son tan endeble y su voracidad a la hora de extraer datos de los usuarios es tan grande que, en realidad, se ha convertido en un abastecedor de datos de Facebook. Datos que en algunos casos Facebook ya tenía y en otros no, y datos que Zoom vende a Facebook y a otras plataformas y empresas tercerizadoras en la cadena de la venta de datos, que los convierten en audiencias y los venden como servicio. Gracias a la carambola infectológica, Facebook tiene acceso a datos a los que antes no podía acceder, como por ejemplo, de no usuarios de Facebook que debieron loguearse en Zoom a través del sistema SDK, un protocolo de Facebook. Como si esto no fuera suficiente, Zoom pone un límite de 40 minutos a las reuniones, luego de lo cual cobra a los usuarios por vender sus datos.

Más allá de que esta práctica sea bastante habitual para las apps y de que Google haga exactamente lo mismo con los servicios de reuniones virtuales hangouts y

Google Meet, el caso de Zoom es ilustrativo porque nos habla de un ecosistema de consumo de la tecnología y de una convergencia hacia la valorización financiera de ciertas plataformas de extracción de datos. El circuito es el siguiente: un estado de excepción, una plataforma que está en el momento indicado y en el lugar soñado, una masificación del consumo de la plataforma, un nuevo volumen de datos y de mayor calidad, y un acaparamiento de datos por parte de Google o de Facebook y de los *resellers*, que derrama en un ecosistema de empresas y revendedores de audiencias desterritorializados y casi desregulados.

Hablando de datos, uno interesante para conocer sería: ¿cuántas empresas quebraron por cada millón de dólares financieros de ganancias de Facebook, de Google, de Netflix o de Amazon (por solo citar las plataformas de extracción de datos más conocidas) durante la pandemia?

Doctor Pangloss y Míster Hyde

El historiador e intelectual global israelí Yuval Noah Harari plantea que hasta el momento, la moneda está en el aire y que el mundo podrá salir de la pandemia con mayor solidaridad o con mayor aislamiento. Urge a los votantes y a los líderes mundiales a llegar a acuerdos y cooperación para la circulación de objetos, recursos y personas vitales para la recuperación de la pandemia. Ante los problemas de la globalización, Harari pide más globalización.

Además de esto, plantea una tensión entre vigilancia totalitaria y empoderamiento ciudadano. Para el pensador estamos cada vez más cerca de la pulsera o el chip biométrico que, con la excusa de monitorear centralizadamente los indicadores sanitarios de cada persona, entreguen los datos en tiempo real del estado de ánimo de la población, convirtiendo las fantasías de George Orwell en cuentos de hadas: el Estado podría detectar disconformes y las plataformas de extracción de datos podrían *targetizar* de una forma monstruosamente eficaz; ni hablar del ominoso score de ciudadanía que ya utiliza el Gobierno chino. Según

Harari, para combatir esta amenaza es necesario “el empoderamiento ciudadano”. ¿Pero qué significa esto? ¿Una nueva tanda de ONG 2.0?

El pensador ruso Alexander Dugin, por otro lado, plantea que la pandemia demuestra justamente el fracaso de la globalización liberal. Los estados socialistas o los muy centralizados han podido resolver los problemas que los estados liberales no pudieron, las instituciones supranacionales demostraron ser una puesta en escena incapaz de lidiar con el bienestar de sus poblaciones cuando realmente se las necesita, y el sistema financiero global muestra sus costuras y su imposibilidad de sostener la economía mundial cuando acontecen estas crisis.

Para Dugin, vamos hacia un mundo multipolar con civilizaciones independientes, homologable a lo que acontecía antes del viaje de Cristóbal Colón. Incluso China se regionalizará, y los Estados Unidos aplicarán liberalismo hacia adentro y proteccionismo hacia afuera. Menciona la seguridad alimentaria y la nacionalización del comercio exterior como pasos que la gran mayoría de los países comenzarán a dar una vez rota la hegemonía del capitalismo financiero liberal. Enemigo acérrimo de los sistemas automatizados y la inteligencia artificial, Dugin omite plantear la relación entre estas “civilizaciones” y la gestión de los datos.

Le echen la culpa a la mezquindad de la clase política –tal es el caso de Harari– o al sistema financiero global –como hace Dugin– por la destrucción generada por la pandemia, ambos se colocan casi en el mismo cuadrante de los planteados al inicio de este artículo: piensan que habrá consecuencias mundiales de relevancia e intentan ser optimistas con respecto a esto.

Donde Harari ve aceleración de la tecnología, Dugin ve aceleración de la descomposición del consenso liberal globalizante. Mi planteo es que la esfera cultural, con su autonomía siempre relativa, sus tradiciones y sus malentendidos, podría matizar estas aceleraciones y ofrecer caminos alternativos.



Ralentización

Cada vez que se escribe sobre la cultura debemos volver al principio de todo, como en *El día de la marmota* o en la vida cotidiana durante la pandemia. Hay tantas definiciones de cultura como intereses, formaciones, trayectorias intelectuales y perspectivas políticas. Aquí voy a proponer dos dimensiones para pensar la cultura, y una tercera que parece emerger como una alternativa viable luego de la pandemia.

En primer lugar, la cultura existe como negocio. Es un conglomerado heterogéneo de grandes empresarios, empresas multinacionales que compran derechos y comercializan libros, pequeños comerciantes, grupos autogestionados que ofrecen espectáculos, en fin, una enorme variedad de productores que intentan captar audiencias y rentabilizar sus productos. Las consecuencias del coronavirus para la cultura como negocio parecen ser graves. Nadie sabe cuándo las audiencias volverán a fluir como lo hacían antes del virus. Nadie sabe si alguna vez esto volverá a suceder. Sistemas como el mecenazgo o los subsidios, en este contexto, parecen herramientas endebles que ya eran débiles en tiempos de normalidad, desde que trataban a los emprendimientos culturales o bien como organizaciones sin fines de lucro –en el caso de los subsidios–, o bien como *startups* –en el caso del mecenazgo–. Hoy, en cambio, se hace urgente pensar nuevos formatos para la relación entre estos productores y el Estado. Sucede que, tal como afirma Dugin, en estos casos el paradigma liberal de la gestión de la cultura se resquebraja. Y, como avisa Harari, hacen falta nuevas formas de cooperación y un nuevo diseño institucional que avenge la participación.

Nadie sabe cuánto tiempo pasará hasta que se descubra la vacuna, y mucho menos cuánto tiempo pasará hasta que de la vacuna se pase a una etapa de normalización. Lo cierto es que lo más vulnerables, el conglomerado heterogéneo de pequeños negocios y *microentrepreneurs* culturales deberá al mismo tiempo



replantear sus lógicas de producción y sus contenidos. En muchos casos, el semiprofesionalismo perecerá. Ya está sucediendo en Instagram: los “vivos” de los emprendedores artísticos pueden convertirse en paisajes de desolación.

Además de esto, y como dijo Peter Sloterdijk, creo que la gente tolerará cada vez menos la frivolidad. Quizás por eso la narración y las iniciativas de los famosos en cuarentena empiezan a resultar obscenos. Por otra parte, y continuando esta pequeña escala en la dimensión estética, luego de la pandemia tanto los artificios ficcionales barrocos como las narraciones íntimas encontrarán mucha dificultad para captar la atención. No obstante, y en la medida en que la economía no termine de pulverizarse, habrá una relativa ebullición de presencia de personas en espacios públicos o semipúblicos una vez que la pandemia morigere sus efectos. La pregunta en este punto es si los productos que se ofrezcan estarán a la altura de las subjetividades pospandemia.

Sea cual fuere el escenario, el cambio en la franja de experiencias vinculadas a la cultura como negocio deberá ser puntilloso en términos de contenidos, como así también las transformaciones en la gestión estatal de estos sectores. A medio camino de esta reconfiguración, en *slow motion* estarán las librerías, galerías de arte y espacios que permitan una circulación moderada de audiencias. Se trata de espacios que otorgan una alta gratificación experiencial, a un precio muy accesible y con posibilidades de contagio mucho menores que las salas de cine, de teatro o los recitales, por solo dar tres ejemplos.

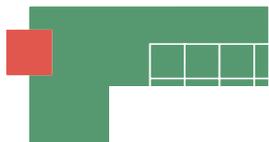
Auge y caída del distribucionismo lo-fi

Otra forma de entender la cultura que paradójicamente fue superando y al mismo tiempo fortaleciendo la perspectiva economicista es la de pensarla como una suerte de superpíldora de nutrición ciudadana que prepara mejor a los in-

dividuos para enfrentarse a la vida en común. Desde esta perspectiva, la cultura es una fuente de valor que, en una relación simbiótica con el entretenimiento, aporta no solo las destrezas de creatividad y trabajo en equipo que requiere el mundo contemporáneo, sino que además pone en escena una serie de controversias entre estética y política cuyo saldo final es un cuestionamiento a las identidades sociales y los valores hegemónicos, permitiendo la búsqueda individual de una ética vital con mayores márgenes de libertad. Un ciudadano que ingiriera esta superpíldora con cierta regularidad estaría mejor equipado que aquel que no la ingiriese, y la ecuación no dicha parece rezar que, a mayor sofisticación de sus consumos, mayor volumen ético sobre la base de los valores antimerkantistas, de suspensión de las categorías de la vida cotidiana y de expansión de la imaginación colectiva que la cultura de las artes propone.

Esta manera nutricionista de entender a la cultura viene acompañada, por lo general, por políticas públicas más interesantes que aquellos que la miran desde la perspectiva economicista. Ya no se trata de solo financiar emprendimientos más o menos caritativos o más o menos rentables a futuro. Se trata, más bien, de fortalecer ecosistemas de producción, entretenimiento y contención que podrían devenir en formas de vida. Por desgracia, esta perspectiva tiene una serie de obstáculos que la pandemia parece maximizar.

En primer lugar, esta visión de la cultura como superpíldora confía en una articulación virtuosa e imposible entre el subsistema cultural privado y rentable –castigado por la pandemia–, el subsistema cultural semiamateur o independiente –castigadísimo por la pandemia– y el subsistema cultural-comunitario –que enfrentará los graves problemas económicos que quedarán como “pesada herencia” de la pandemia–. En segundo lugar, encuentra un límite al colocar el estado en un lugar de espónsor dinamizador de una competencia económica cuyas reglas más o menos justas se están derrumbando ante la restricción de las audiencias. Y en tercer lugar, al problema económico y social se le suma un problema político que



el sector cultural siempre llevó sobre sus espaldas: los presupuestos destinados a cultura pueden ser medianamente decentes en tiempos de abundancia, pero dada la visión hegemónica sobre lo cultural como algo o bien superfluo o bien económicamente poco relevante, su capacidad de atraer un plus de recursos será más bien limitada.

La profecía

Este panorama negro puede sin embargo funcionar como una oportunidad. Imagino un escenario en el cual las políticas culturales se enfocan tanto en la asistencia dineraria directa a los sectores más desprotegidos como en una inversión inteligente en infraestructura aprovechando el momento de crisis. Y sé que esto está en cierta forma sucediendo. Sé que se reparten libros casa por casa a personas mayores, que hay programas de voluntariado y asistencia, y que hay intentos virtuosos de articular al sistema de productores culturales con el sistema educativo y las redes de protección social. Pero siento que falta un paso vinculado a un nuevo diagrama productivo, un paso que más allá de la pandemia aproveche la crisis para imaginar un nuevo modo de gestión de los recursos y de la información.

¿No podría el Estado aprovechar la baja en las audiencias de los espectáculos presenciales para comprar o generar ciertos medios de producción y distribución que luego, en el mediano plazo, terminen funcionando como infraestructura común administrada en forma semipública, como una app de gestión pública no estatal de venta de entradas a espectáculos, para una vez que la circulación de audiencias tienda a normalizarse? ¿No se podrían distribuir bases de datos *hasheadas* para los diferentes emprendedores? ¿No podría comprar un sistema de imprentas de propiedad pública que funcionen “al costo” para los editores pequeños y militantes? ¿No podría exigirles a las plataformas de extracción de datos que otorguen pauta digital a bajo costo para los productores culturales



que logren armar formatos de producción cultural a distancia? ¿No podría armar una red de distribución gratuita para emprendimientos culturales solidarios o al menos exigir tarifas diferenciadas para plataformas como Rappi, Glovo o PedidosYa?

Construcción de tecnología, negociación con las plataformas que se valorizan financieramente y en forma millonaria sin respetar derechos laborales, puesta en valor de máquinas y de sistemas de distribución al servicio de los militantes culturales. Quizás estas ideas resulten *naïves* y con seguridad aquellos que conocen mejor que yo los diferentes mundos de la producción cultural podrán tener otras ampliamente superadoras. Es probable que, en algunos casos, sean impracticables. Pero lo que me interesa señalar es que, ante la suspensión del estado emocional festivalero en el que sucedía la cultura en tiempos de precoronavirus, urge activar la imaginación institucional para que la cultura funcione como una “profecía ejemplar” que quizá pueda inspirar formas de capitalización social de la aceleración ajena, formas ralentizadas de impulsar nuevos horizontes de debate, formas puntillosas de la organización del trabajo. La moneda, al menos en este plano, podría seguir en el aire. ◆